

LA COWBOY RULFO

Óscar Garduño

ilustraciones: David Chávez Huitrón



La Cowboy Rulfo

© Copyright 2023. Derechos reservados

Del título: Óscar Garduño Nájera

De las ilustraciones: David Chávez Huitrón

Primera edición: 2022 © Rafael Vázquez Velázquez (bajo el sello Ulterior Editorial)
ISBN EN TRÁMITE

Diseño de cubierta: Cynthia Alva

Visita

editorial.ulterior.mx

El contenido de este libro, incluyendo el texto, el diseño de portada y la composición tipográfica, son propiedades intelectuales protegidas por la ley. Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro, así como su incorporación a todo sistema informático, transmisión de cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación o cualquier otro método, sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los Derechos de autor y del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados constituye un delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor, y Arts. 424 y ss. del Código Penal).

*El miedo no es un estadio final, sino
un precursor, un catalizador de otra
cosa, unas veces de la rendición y otras,
la mayoría, de la violencia o la cólera.*

SHALOM AUSLANDER,
ESPERANZA: UNA TRAGEDIA

Sostengo la caguama Corona con una mano; con la otra, el último Delicado sin filtro, casi a punto de quemarme los dedos.

No quiero ponerme de pie. Ni siquiera lo intento. En este amplio sillón que compramos en una de las ventas nocturnas de Liverpool estoy bien. Pasan los minutos, dejo la caguama en el piso, tomo el control remoto de la bocina del iPod y le subo a “God is Dead?” de Black Sabbath.

Yo también me pregunté en la adolescencia si en verdad existía ese Dios que todos nombran, en esas tardes que pasaba con un grupo de estudiantes chiapanecos que

habían llegado a la Ciudad de México para estudiar filosofía en la UNAM. Jodidísimos, hacían chambitas de plomería, carpintería, y mecánica, porque con los pocos pesos que les enviaban sus padres comprábamos Bacardí blanco, marihuana de la pastosa, con más vara que hierba, latas de atún o sardina, de esas que en la etiqueta traen el nombre de la tienda, ediciones argentinas de Historia de la Filosofía, Historia de México, todo Platón, todo Nietzsche y novelas de Jeffrey Eugenides, de quien me hice lector voraz y cuya última novela, *La trama nupcial*, envié en formato digital a Andrea un año después para dar cierre a nuestra relación de año y medio.



God is Dead
Back Sabbath



Me doy cuenta de que llevo bebiendo más de medio día, y que pronto me vencerá el sueño si no como algo o si no me lanzo al Oxxo por un 12-pack, como el de la promoción, antes de que regrese Sofía de con sus padres y me la haga de pedo porque no he parado de beber desde que desperté en este mismo sillón, todo apestoso, con la misma ropa de hace dos días y sin probar el sándwich de jamón que, dijo, me dejaba en el refrigerador.

Es sábado. Si me largo a tiempo, puedo topar al Palomino en el Salón Portales: unas dos o tres bolas de espumosa oscura de barril, pescadillas más caldo del día. ¡Venga, vamos, levántate! Me resbalo del sillón, tiro la caguama,

tardo poco en darme de nalgas contra el piso húmedo...

Tengo hueva de bañarme. Además, es riesgoso: Piso el jabón, se me van las piernas al cielo y ya está, ¡a la chingada! Me veo tirado, con la cabeza abierta, bajo el chorro de agua de la regadera, como en cualquier capítulo de *American Horror Story*. Nel, mejor me echo agua fría en la cara.

Salgo del departamento con la caguama vacía entre mis brazos. En esos momentos es el hijo que Sofía y yo nunca tendremos.

La hora. Marco el celular.

—¿Sigues tomando? —pregunta Sofía antes de decir “hola”.

Es lo único que le importa: si sigo en la borrachera. Tardo unos segundos en contestar, escucho, a lo lejos, que su mamá pregunta quién llama, y en cuanto le dice que soy yo, se burla. Me odia tanto como yo a ella.

—Voy a comer con el Palomino —intento hablar sin arrastrar las palabras.

Me cuelga. Lo hace porque sabe que volveré a marcar; en cuanto lo hago cambia el tono de voz al tonito clásico de víctima.

—¡Ay, amor!, ya sabes que la señal del celular aquí es muy mala, ¿qué pasa?, ¿todo bien?, me quedé un poco preocupada —énfasis solemne en “preocupada”.

—Voy a comer con el Palomino —repito. La oración se me hace larguísima, con un chingo de verbos y sustantivos. Es por la cerveza.

Sofía me pregunta si ya me acabé lo que hay en el refrigerador y le digo que se me antojan unas pescadillas.

—¿Y tus bolas de cerveza, verdad? —en cuestión de segundos pasa de víctima a victimaria. “¿Todavía se porta mal ese niño?”, pregunta, otra vez a lo lejos, su madre. Imagino a Sofía asintiendo.

—¡Otra vez no te escucho bien!

Vuelve a colgar.

Marco el número del celular del Palomino. A esta hora ya cobró su sueldo en la alcaldía Xochimilco. Se supone que trabaja sólo los fines de semana, haciendo guardia en una de las tantas oficinas, pero le paga a un compañero del sindicato para que cheque puntual su tarjeta; el Palomino se presenta únicamente los días de quincena.

—Mejor vamos al Touchme, ¿cómo ves? —mi llamada le inyecta entusiasmo.

Es un putero en la calle de López, frente a Bellas Artes, y es de los más baratos: la cubeta con diez chelas cuesta 250 pesos. Las putas más veteranas cuentan que ahí llegó Jaime Sabines tras dar su famosa lectura, esa donde hasta lloró con “los amorosos”. Dicen que don poeta chiapaneco ya venía medio entrado, que había llegado al Palacio de Bellas Artes con unos cuantos tequilas que se cargó con la comitiva de cultura en el Sanborns de los azulejos. Nada despedido, el poeta le pidió a la Mil Máscaras que se sentara en su mesa. Era una morena grandota y nalgona de un pinche pueblito de Veracruz. Según los rumores, Sabines salió

pedísimo acompañado por la morena, a quien no dejaba de decirle que él, el mejor poeta de México y del mundo, le iba a dedicar uno de sus grandiosos poemas. Trastabillaron unos cuantos metros hasta llegar a la esquina y entrar al Floridita, el hotel que acostumbran usar las putas con sus clientes. Si le dedicó o no el poema es un secreto que Sabines se llevó a la tumba. En una de esas y la morena grandota y nalgona es la famosa Tía Chofi.

—¡Ya estás!

Y el Palomino me dice que pasa por mí en una hora, tiempo suficiente para comprar otra caguama, otra cajetilla de Delicados sin filtro y, ya de vuelta en el mismo sillón, subirle a “Visions of Gehenna” de Black Pyramid.

Le dejo una nota a Sofía en la mesa, debajo del envase de caguama. Me cuesta trabajo coger el lápiz, escribir; las letras se mueven, se salen del margen, chuecas. Las borro, tiro la servilleta, tomo otra... ¡no puedo!, en esos momentos soy un pinche niño que apenas aprende a escribir en su libreta de caligrafía.

Saco el celular, intento enviarle un mensaje de whats, me equivoco y se lo envío a mi madre, quien no pasan ni cinco segundos y me llama, preocupada.

—¿Estás bien?, me llegó un mensaje muy raro...

Le cuelgo... alcanzo a escribir: REgreso al rato... salí... salí, al Portalez, con el Palomino...



Visions of Gehenna
Black Pyramid



En cuanto me subo a la Ford Lobo me doy cuenta de que el Palomino ya viene entonado, trae un 12-pack de Coronas de barril en el asiento del copiloto y en cuanto arranca enciende medio porro de una marihuana hidropónica que todavía alcanzó a conectar con el Jirafa, antes de que a éste lo metieran al Reclusorio Norte por atracar doctores y enfermeras afuera del metro Centro Médico.



KKK Bitch
Body Count



Corre la Ford Lobo por el Eje Central y el Palomino sube el volumen a “KKK Bitch” de Body Count. Quién iba a decir que el vocalista, Ice-T, se volvería actor de una serie policíaca gabacha luego de impulsar el asesinato de policías en una canción tan chingona como la que le pido al Palomino que ponga “Cop Killer”.

Tengo la boca sequísima, enciendo un Delicado sin filtro y el Palomino da un frenazo en un semáforo en rojo que casi se pasa.

—Te voy a presentar a la que se cogió a Juan Rulfo: una doña que llegó de los altos de Guadalajara porque andaba en bisnes con la mafia china.

—¿No oyes ladrar a los perros? —pregunto mientras destapo otra Corona de barril.

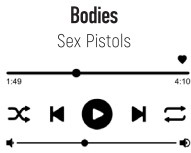
El Touchme es un sitio que soportas sólo si llegas borracho. O drogado. O cruzado. Si llegas bien, en tus cinco, y esperas encon-



Cop Killer
Body Count







que llevo entre las piernas un vaso atascado de hielo y de Jack Daniel's. A estas alturas, entre la maleza que se abre por encima de nosotros como jodida jungla africana, con el sofocante calor, ya ni siquiera me dan ganas de preguntarle al Palomino acerca del problema de la Cowboy Rulfo con los de la mafia china. Sé que tarde o temprano me voy a enterar, así que mientras bebo observo los poblados por los que pasamos, aquellos donde en ocasiones paramos para comprar hielo, pues más tardamos en pagarlo que los cubos en hacerse agua.

Todos los pueblos se ven tan jodidos, tan dejados pero no de la mano de Dios —que ahora me queda claro que él sí existe y obra milagros—, sino de un pinche gobierno corrupto que los deja que se ahoguen en la miseria. Pueblos donde lo más que puedes hacer con tu vida es emborracharte con un tequila de a diez pesos el litro, pegarle a tu vieja, llenarte de hijos, irte al gabacho, y que te maten en la frontera.

—Si quieres llegar con vida a Chacahua, olvídate de beber eso —me dijo el Palomino cuando en una tienda de una gasolinera le enseñé la botella de tequila.

—Eso es para apendejar a los campesinos, para que no protesten. Para robarles la vieja, el poco ganado que les queda, las tierras...



© Derechos reservados

¿Estás disfrutando la lectura?

Adquiere

LA COWBOW RULFO

en nuestro sitio web:

editorial.ulterior.mx/la-cowboy-rulfo

o en mensaje directo en nuestras redes
sociales

Facebook: [UlteriorEditorial](#)

Instagram: [@ulterior.ed](#)